## La marca de Cain

## Juan Carlos Pereletegui



Habían terminado las presentaciones y el conferenciante se disponía a iniciar su charla. Durante unos instantes posó la mirada en su exultante anfitrión, al que agradeció la magnifica acogida brindada. En verdad estaba sorprendido. El joven y entusiasta presidente de la asociación antropológica local había hecho un magnífico trabajo de divulgación y en los salones del vetusto casino no cabía ni un alfiler. Todos los asientos estaban ocupados y muchísimas personas se aglomeraban de pie en los pasillos, esquinas y todos los lugares disponibles. Muchas más seguían la charla en otros salones a través de un improvisado circuito cerrado de televisión.

El conferenciante consultó sus notas. Tenia prevista una charla para un reducido grupo de aficionados de buen nivel, no para un publico tan amplio y ecléctico. El propio titulo era poco atrayente: «El racismo como factor clave en la desaparición del Hombre de Neanderthal» pero podía cambiar el discurso sobre la marcha. Era una dificultad y le gustaban las dificultades.

—... como todos ustedes sabrán, el Hombre de Neanderthal domina el inmensamente largo periodo del Paleolítico Medio y gran parte del Paleolítico Superior, sin embargo no son nuestros antecesores, ya que el neanderthal es un callejón sin salida de la evolución. En algún momento, a partir del Homo Antecessor, ultimo antepasado común, la evolución se sacó de la manga un rival: el Homo Sapiens Sapiens, o como solemos decir los antropólogos, el hombre anatómicamente moderno —miró a la audiencia que bebía sus palabras—, es decir, nosotros mismos.

»iAhora bien! —entraba en su terreno favorito—, no hay ninguna evidencia científica que permita deducir alguna inferioridad física o mental del neanderthal respecto al sapiens. De lo que sí podemos estar seguros es que desde la aparición del sapiens sapiens, los neanderthales entraron en un lento pero imparable declive y que después de diez o quince mil años de coexistencia, no sabemos si pacifica o no, se extinguieron.

»Su desaparición constituye uno de los grandes enigmas, no solo de la antropología, sino de la historia del Hombre sobre la Tierra. ¿Degeneraron y perdieron su capacidad adaptativa al medio? ¿Fueron expulsados de su nicho ecológico por una especie más eficiente? ¿Los exterminaron como a una especie inferior, como una plaga molesta? —Sus ojos grises miraron acusadores—. ¿O más bien deberíamos decir *los exterminamos*?

»Las incógnitas son muchas y no están en nuestra mano todas las respuestas, pero sí que tenemos pruebas de que existió racismo por parte de los hombres modernos, indicios que apuntan a que los neanderthales fueron tratados como una especie inferior y que eso contribuyó decisivamente a su desaparición.

De pronto el conferenciante sintió cómo su personalidad se desdoblaba. Una parte continuó hablando de forma automática, mientras en su cerebro se formaba una imagen. Era un campamento neanderthal, no cabia ninguna duda: la cabeza chata, la barbilla huidiza, el grueso arco superciliar. La alucinación no solo era visual sino que también oía: el crepitar del fuego, el golpeteo del tallador de silex... más apagado lle llegaba el rumor de una raedera raspando una piel, pero pronto se dio cuenta de que faltaba algo: no había voces humanas. Sabía perfectamente que los estudios fósiles sobre neanderthales habían concluido que su aparato fonador estaba escasamente desarrollado y que eran incapaces de un lenquaje tan evolucionado como el de los sapiens; sin embargo se daba por sentado que debía disponer de un cierto conjunto, posíblemente no muy amplio, de símbolos sonoros, quizá apoyados por una mímica sofisticada. Pero los individuos que observaba permanecían en absoluto silencio, ia pesar de ello cooperaban! Era evidente que realizaban actividades en equipo y que se coordinaban entre sí, pero sin un solo sonido, sin un aesto.

La visión pasó y fue consciente de que la otra parte de su mente había continuado la charla impertérrita.

—... los últimos hallazgos que hemos realizado en el yacimiento nos han brindado una oportunidad única de analizar las condiciones de esta convivencia entra las dos razas humanas. En el yacimiento se han encontrado cinco esqueletos que fueron enterrados en grupo inmediatamente después de su muerte, muerte violenta sin lugar a dudas. Tres de los esqueletos corresponden a neanderthales y dos sapiens.

Mientras seguía hablando, reparó en un individuo sentado en segunda fila, en un lateral y le embargó una sensación de familiaridad indefinible. El hombre, de alguna manera, era apuesto, aunque de facciones algo rudas. La frente ligeramente aplanada quedaba disimulada por una espesa mata de cabello rubio.

A lo largo de la conferencia se fijó en esta persona varias veces. Aparentaba una concentración absoluta y parecía grabar cada palabra en su mente.

Finalizó la charla y después de algunas preguntas, algunas escatológicas y la mayoría ridículamente simples, el publico desalojó las salas.

Mientras en un corrillo conversaba con el anfitrión y algunas directivos del casino, vio como el hombre rubio abandonaba su asiento y se dirigía hacia él. Tendría unos 30 años. Vestía un traje marrón bien cortado, ajustado impecablemente a una musculatura que se adivinaba impresionante. No era demasiado alto, lo que acrecentaba la sensación de robustez de su cuerpo. Llevado de una curiosidad difícil de explicar, el conferenciante se apartó ligeramente de sus acompañantes. Al acercarse el hombre, observó asombrado que había sufrido una laringetomía. Un feo agujero era perfectamente visible por encima del cuello del polo, hasta que aproximo a él un pequeño aparato con el que se ayudaba para hablar, con un resultado aceptable.

- —Una excelente conferencia, doctor. Muy bien documentada y muy bien expuesta.
- —Gracias. Es usted muy amable. ¿Nos conocemos? Tengo la sensación de haberle visto antes.
  - —Puede que sí... o quizá no. Todo depende de cómo se mire.
- »Doctor, estoy muy interesado en hablar con usted a solas. ¿ Podríamos retirarnos a algún lugar tranquilo?
- —Me temo que en este momento es imposible. Me esperan para la cena, compréndalo... seria una descortesía.

El desconocido hundió la mano en el bolsillo de su traje y extrajo un objeto.

—Quizá esto le proporcione una excusa aceptable. Prometo no entretenerle demasiado.

El conferenciante tomó el objeto. Era una punta de lanza de sílex. La observó con ojo profesional.

- —Una excelente punta Levallois... he visto pocas piezas tan perfectas. ¿De donde procede?
- —Eso es lo que me gustaría explicarle, si me concede unos minutos en un lugar discreto.

Se disculpó con sus anfitriones y ambos se dirigieron a la cafetería, instalándose en una mesa retirada.

- —¿Me va a decir ahora de donde ha salido esta punta musteriense? Había tensión en su voz. Detrás de aquella conversación aparentemente inocua podía haber un caso de excavación clandestina y de tráfico de objetos arqueológicos, pero su interlocutor esquivó la pregunta.
- —Como le he dicho, su exposición ha sido magnifica y está usted muy cerca de la verdad.

El conferenciante no pudo evitar un gesto de sorpresa ante la rotundidad que mostraba su interlocutor.

- —Neanderthales y cromagnones, o sapiens como usted parece preferir denominarlos, convivieron en Europa occidental durante mas de diez mil años —su mirada se cargó de perna—. No fue una convivencia pacifica, más bien todo lo contrario. Los neanderthales habían llegado primero y dominaban el territori pero los cromagnones tenían una fertilidad desbocada y sometieron a los neandertales a una intensa presión demográfica. Sus territorios de caza se veían continuamente mermados por aquellos extraños de frente alta y mandíbula prominente. En inferioridad numérica crónica, no tuvieron mas remedio que replegarse centímetro a centímetro. Las escaramuzas se hicieron cada vez más frecuentes, luego llegaron las batallas campales. Cada año los neanderthales perdían terreno y al final quedaron relegados a la Península Ibérica, al sur del Ebro.
- —Esa es una teoría bastante difundida, pero hasta ahora carece de pruebas sólidas, sin embargo usted parece estar muy seguro.
- —Prometo que puedo probar todo lo que digo, hasta la ultima palabra, pero por ahora le pido simplemente que me escuche con la mente abierta.
- —Creo que me ha tomado usted por un crédulo —se puso en pie—, lo siento, me están esperando.
- —Durante la charla tuvo usted una visión. Un grupo de neanderthales, al atardecer, realizando las tareas del final del día a la entrada de su gruta —el hombre rubio le miró con ojos frios—... en el más absoluto silencio y sin ninguna gesticulación.

El conferenciante, boquiabierto, se sentó de nuevo.

-¿Qué es usted? ¿Tiene algo que ver con esa alucinación?

El hombre rubio tomó la punta de flecha de la mesa.

- —Ya tiene dos misterios. ¿De verdad quiere irse sin saber la respuesta?
- —Esta bien, pero le advierto que nada de lo que diga tiene valor para mí, sin pruebas que lo avalen.

—Ya le he dicho que tendrá todas las pruebas que desee, pero por ahora solo puedo ofrecerle mis palabras... y mis pensamientos.

Entrecerró los ojos unos instantes, buscando la concentración necesaria para hilvanar su discurso y continuó hablando.

- —En su conferencia ha mencionado el racismo como un factor determinante en la desaparición de los neanderthales. Es muy probable que no sea consciente de hasta que punto está cerca de la verdad. Si me permite la descortesía, le diré que los cromagnones, *sus* antepasados —el énfasis en el pronombre no podía pasar desapercibido—, eran unos auténticos brutos, buenos para nada. Con su rudimentaria intercomunicación vocal y sus escasas habilidades manuales, jugaron todo su futuro evolutivo a una sola carta: la fertilidad desbocada. Su población rápidamente, dobló, triplicó... decuplicó la de los neanderthales. Por simple probabilidad estadística, nacieron los suficientes individuos capaces de aprender las técnicas industriales neanderthales y transmitírselas a sus congéneres. Arrollados demográficamente, los neanderthales cedieron terreno con rapidez, en términos evolutivos, y hace unos 42.500 años se encontraron relegados al sur de la Península Ibérica.
- —Perdóneme que le interrumpa pero le supongo consciente de que esta volviendo del revés un siglo de antropología. Lo que me cuenta resulta tan fascinante como un cuento de hadas, pero es imposible que tenga pruebas para respaldar esas afirmaciones. iY esa precisión! i42.500 años! En prehistoria nos movemos en rangos ambiguos, iQuinientos años no son nada!

Su interlocutor lo miró con condescendencia.

—Trasladado al calendario actual, la semana del 18 de febrero del 42 487 a.C., un consejo intertribal adoptó una decisión drástica: abandonar Europa. Ustedes, los investigadores, no han encontrado restos de embarcaciones de aquella época y de ahí han concluido que se desconocía por completo la navegación. iUn craso error! Los neanderthales construían grandes lanchas y almadías y dominaban la navegación de cabotaje, si bien es cierto que alejarse de la costa les producía grandes recelos. Pero como en todas las sociedades, existieron hombres audaces que partieron con el miedo en la garganta y regresaron con la noticia de una tierra a occidente, apenas a una semana de navegación. Tomada la decisión, los clanes pusieron manos a la obra. No fue una huida rápida sino un lento

drenaje. Al cabo de dos generaciones no quedaban neanderthales en el continente.

- —Pero eso es absurdo, no se puede llegar a América en una semana, navegando en una balsa de troncos.
- —No le estoy hablando de América, doctor —la voz del hombre se endureció—. iLe estoy hablando de una tierra que 40.000 años después, Platón recordaría como un mito!

La mandíbula del conferenciante se descolgó bruscamente.

—iLa Atlántida! iSe refiere usted a la Atlántida! iEs demasiado! No sé que pretende embaucándome con estos cuentos infantiles pero ya basta.

Se puso en pie y dio un par de zancadas. De pronto la cafetería a su alrededor desapareció y se vio en una planicie de hierba dorada. El sol de media tarde brillaba con tal fuerza que se sintió repentinamente deslumbrado. A doscientos metros un grupo de cazadores neanderthales acosaba a un gran mamut, al que rodeaban. Por turnos, uno de los cazadores se ofrecía de cebo. La gigantesca bestia, creyendo tenerle a su merced, descuidaba la guardia, momento que los demás, con una simultaneidad imposible, aprovechaban para hundir sus lanzas todo lo profundamente que permitían los fuertes brazos, mientras el señuelo aprovechaba el dolor y la confusión de la bestia para escabullirse. La operación era peligrosa y exigía una sincronización impecable, que aparentemente los neanderthales conseguían sin ninguna dificultad, sin una mirada, sin un gesto, sin una palabra. Les vio repetir la maniobra una y otra vez hasta que el gigantesco mamut, convertido en una masa sangrante y lacerada, dobló las rodillas.

Luego la escena se difuminó en una bruma caleidoscópica de la que emergió la penumbrosa cafetería. Retrocedió y se sentó de nuevo.

—No desconfíe de mi doctor, se lo ruego. Me ha traído hasta usted una misión importante, pero no soy un peligro, ni para usted ni para los su-yos. Muéstrese inteligente. Escuche mi historia y espere a las pruebas para creérsela.

El doctor sentía las palmas temblorosas, húmedas de transpiración. Con un gesto hosco indicó a su acompañante que continuara.

—En la gran isla atlántica, a pesar de su escasa natalidad, los neanderthales lograron prosperar. Mientras tanto los torpes e inútiles cromagnones progresaban con dificultad, privados de modelos que imitar. Pasaron 30.000 años antes de que construyeran rudimentarias embarcaciones con las que arribaron a la tierra de los neanderthales. Para entonces la brecha tecnológica entre las dos especies era un abismo. Pero los neanderthales son pacíficos por naturaleza y no deseaban mas que disfrutar de la vida en su gran isla. Se limitaron a hacer algunas demostraciones de su poder y luego despidieron con afabilidad a los recién llegados, expresando claramente que no deseaban ser molestados. Así nació el mito de la Atlántida, cuyos ecos llegaron hasta Platón, diez mil años después. Pero estaba escrito en el destino que los neanderthales no habían de poblar el mundo. Algunos siglos después de la arribada de los cromagnones, la tierra tembló con una brutalidad nunca vista y toda la isla se hundió bajo el océano.

Los escasos supervivientes pusieron rumbo a occidente ya que temían a los cromagnones de Europa. Sabían que 30 000 años de evolución habían mejorado su tecnología pero seguían siendo unos brutos sanguinarios. Los escasos centenares de neanderthales que sobrevivieron sabían que los cromagnones de América estaban mas atrasados tecnológicamente y habían perdido el recuerdo de su origen. La supervivencia entre ellos resultaría más fácil.

Fueron recibidos y aclamados como dioses, pero nunca olvidaron que estaban en territorio hostil y en inferioridad numérica. No podían formar una comunidad que al final hubiera sido inevitablemente arrollada. Condenados a la dispersión, convertidos en élites religiosas y aristocráticas, abocados a la endogamia, lograron pervivir durante doce milenios...

-Hasta que llegaron los españoles...

—Fue una fecha fatídica, por decirlo de una forma suave. Los neanderthales no habían logrado prosperar. Su baja natalidad genética y la endogamia impedían que la población aumentase. Dosificando cuidadosamente la entrega de sus conocimientos técnicos, a duras penas mantenían su estatus aristocrático. Cuando llegaron los cromagnones de oriente vieron que su mejora tecnológica solo servía para hacer más eficiente su crueldad innata. Sabían que no podían enfrentarse a ese poder y eligieron la dispersión. En parejas, en grupos pequeños, se infiltraron en la sociedad de los cromagnones y con algunas dificultades, en las que la Inquisición tuvo mucho que ver, los neanderthales hemos logrado sobrevivir hasta los tiempos actuales.

-¿Hemos?

La mirada del hombre rubio se posó largo rato sobre el conferenciante, hasta que este se revolvió en el asiento.

- -Hemos, doctor. Hemos sobrevivido a pesar de ustedes, de su agresividad, su crueldad, su cortedad de miras... y como usted muy bien ha sabido ver, su racismo, feroz e insaciable.
- —No puedo asumir nada de lo que me ha contado. Es un cuento de hadas fascinante pero imposible. Los neanderthales se extinguieron, fue una rama evolutiva sin éxito. Compitieron por el nicho ecológico con los cromagnones y perdieron. Eran intelectualmente inferiores, incapaces de elaborar industrias complejas y fueron empujados fuera de la evolución por una rama más dinámica, impetuosa, habilidosa e inteligente.

El hombre rubio logró a duras penas dejar en sordina lo que de buen grado hubiera sido una sonora carcajada.

—Es increíble. El mismo doctor que hace un rato se acercaba tanto a la verdad, saca de pronto la razón de raza y defiende a los suyos contra todo fundamento. ¡Míreme doctor!

El hombre rubio, hasta ese momento perfectamente peinado, alzó las manos y revolvió su cabello y avanzo la cabeza de forma que resaltara la frente aerodinámica y la barbilla prognática.

¿Me reconoce ahora? Tengo pruebas mucho más consistentes, pero que esta le sirva de adelanto.

El doctor, hundido en su asiento, le miraba con ojos desbordados.

- -Es imposible... es imposible
- —¿De verdad lo cree doctor? ¿De verdad no cree lo que está viendo? ¿Tanto le ciega el orgullo de raza?
- —Pero... pero ¿por qué? Llevan quinientos años ocultos. ¿Por qué me cuenta esto ahora? ¿Por qué a mí?
- —No vengo solo doctor. Estoy aquí en representación de los míos. Algunos miles apenas. Le hemos escogido cuidadosamente. Entre los de su raza no hemos encontrado nada mejor... —una risa suave—. No se ofenda, pero no son una raza demasiado brillante y no hay mucho donde elegir.

»Ha llegado el momento de recuperar nuestro lugar en este planeta, llevamos escondidos demasiado tiempo.

—¿Por qué ahora precisamente? No somos mucho mejores que hace cinco siglos. ¿Qué les ha decidido? ¿Qué ha cambiado? ¿Ya no nos temen?

- —Tratándose de ustedes, los cromagnones, el miedo y la preocupación son nuestro único seguro de supervivencia. Pero sabemos que existe algo de decencia en su raza, al menos en algunos individuos. Aunque yo personalmente soy bastante escéptico, y como yo, muchos. El verdadero motivo es que ahora tenemos algo que ofrecerles. Una esperanza que puede unir a las dos especies y permitirnos construir un futuro común.
  - —¿A que se refiere?
- —Al genoma doctor, por fin han desentrañado ustedes el genoma de su especie.
  - -No... no comprendo. ¿Qué trascendencia tiene eso para ustedes?
- —Mucha doctor. Ahora saben que comparten con los chimpancés cerca del 99% de los genes... algo que no ha sido precisamente reconfortante para su ego.
  - —iNo entiendo nada! ¿Qué trata de decirme?
- —¿Todavía no lo ve, doctor? ¿Qué necesita? ¿Un catón? Si los chimpancés y el Homo Sapiens tienen una coincidencia genética del 99%, la coincidencia entre cromagnones y neanderthales debe alcanzar al tercer decimal.
  - —iTodavía no sé a donde quiere llegar!
- —Doctor... en ese 0,001% de diferencias cromosomáticas se encuentra la clave genética de la telepatía.